

La Ascensión del Señor

Primera Lectura

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles. 1, 1-11

En mi primero libro, querido Teófilo, escribí acerca de todo lo que Jesús hizo y enseñó, hasta el día en que ascendió al cielo, después de dar sus instrucciones, por medio del Espíritu Santo, a los apóstoles que había elegido. A ellos se les apareció después de la pasión, les dio numerosas pruebas de que estaba vivo y durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios.

Un día, estando con ellos a la mesa, les mandó: "No se alejen de Jerusalén. Aguarden aquí a que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que ya les he hablado: Juan bautizó con agua; dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo".

Los ahí reunidos le preguntaban: "Señor, ¿ahora sí vas a restablecer la soberanía de Israel?" Jesús les contestó: "A ustedes no les toca conocer el tiempo y la hora que el Padre ha determinado con su autoridad; pero cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, los llenará de fortaleza y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los últimos rincones de la tierra".

Dicho esto se fue elevando a la vista de ellos, hasta que una nube lo ocultó a sus ojos. Mientras miraban fijamente al cielo, viéndolo alejarse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: "Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo? Ese mismo Jesús que los ha dejado para subir al cielo, volverá como lo han visto alejarse".

Palabra de Dios.

Evangelio

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 28, 16-20

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea y subieron al monte en el que Jesús los había citado. Al ver a Jesús, se postraron, aunque algunos titubeaban.

Entonces, Jesús se acercó a ellos y les dijo: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo".

Palabra de Dios.

REFLEXIÓN

Este domingo celebramos la Ascensión del Señor; por eso en la primera lectura encontramos la narración de este acontecimiento que Lucas nos comparte en los Hechos de los Apóstoles y en el Evangelio escuchamos la promesa de Cristo: "yo estaré con ustedes todos los días". Para comprender bien el sentido que esta fiesta guarda para nosotros no debemos de perder de vista ambas lecturas.

Me parece importante comentar brevemente el aspecto histórico de este acontecimiento. Cuando decimos que ascendió "al cielo", definitivamente que no podemos pensar en el cielo como un lugar físico, sino más bien como signo de la presencia de Dios. Es decir, ascender es "volver a Dios Padre". Por eso la figura que se utiliza de la ascensión nos ha de importar más por su sentido teológico que histórico. De hecho, los evangelios se contradicen en la ubicación de ésta, ya que Lucas marca una cercanía a Jerusalén (por sus intenciones teológicas) y Mateo y Marcos hablan de una cima en Galilea. Hay una enorme distancia entre estos dos lugares; por lo tanto tenemos que pensar mas bien que el hecho transmitido pretende narrar una experiencia de Cristo vivo entre ellos a pesar de que ya no se aparecía, más que una visión colectiva de la ascensión de Cristo glorificado. La ascensión viene a ser el hecho que vino a cerrar el círculo que se había iniciado con la encarnación: el Hijo de Dios se encarna, nos salva y regresa a su Padre. Pero no regresa igual, pues él bajó como Dios y regresa como Dios y como hombre, con la plenitud de ambos.

El hecho que nadie pone en duda es la realidad de la presencia de Cristo entre ellos. Era una presencia que se percibía claramente, que alentaba y animaba a continuar con la misión que les había encomendado. Así, no eran sólo ellos los que realizaban esta misión, era también Cristo que continuaba, por medio de su Espíritu, esta misión que Él había comenzado. Por lo tanto, la partida de Cristo fue

más bien una transformación de la manera en que se hacía presente; pues si antes sólo podía estar en un lugar, ahora podía estar en cada corazón que aceptara su mensaje. Bien lo dice Jesús: "si alguno me ama, guardará mis palabras y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada". Por lo tanto si Cristo ha "subido" para sentarse a la diestra del Padre, podemos decir que la ascensión es la glorificación de Cristo que le permitió llegar a cumplir esta promesa. Ahora sí, el junto con el Padre, pueden habitar por el Espíritu en nuestros corazones.

Y todo esto, ¿para qué? El Evangelio de Mateo lo deja muy claro: "Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado". Cristo no está entre nosotros para que sintamos bonito, ¡Cristo está entre nosotros para que demos frutos! Amar, perdonar, ser solidarios, salir al encuentro de quien lo necesita, no quedarnos viendo el sufrimiento sin hacer nada; ¡eso es amar! Tener a Cristo en nuestro corazón no sólo es un privilegio, es un gran compromiso que muchos no hemos comprendido ni valorado.

ACTUALIDAD

Que Cristo haya retornado victorioso a la casa de su Padre ¿qué nos dice a nosotros? Primero que nada, nos marca el camino que nosotros hemos de andar en la actualidad. Es decir, en un mundo donde existen tantas opciones, tantos caminos que seguir para lograr nuestra realización plena como seres humanos; me parece importantísimo que los cristianos tengamos claro hacia dónde vamos, es decir, hacia la casa de nuestro Padre, tal como lo hizo Jesús. A todos nosotros nos toca tomar muchas decisiones, unas trascendentes y otras no tanto, pero cada una de esas decisiones tomadas nos van guiando hacia una meta, hacia un destino. ¿Cuál es el camino por el que nuestras decisiones nos están llevando? ¿Nos van guiando hacia la casa del Padre? La manera de comportarte en el trabajo, tus principios en tus relaciones, la manera en la que tratamos a nuestros hijos, cómo llevo mi relación con mi novia, la carrera que he elegido, etc. Todas y cada una de estas decisiones me van marcando un camino. Dejemos que Cristo guíe nuestro caminar; no nos quedemos contemplando el cielo esperando ver a Jesús y pongámonos manos a la obra para encontrarnos con él.

La ascensión no es un acontecimiento que podamos celebrar pasivamente; ya los ángeles se lo dijeron a los apóstoles "¿Qué hacen ahí parados, mirando al cielo?" Pongámonos a trabajar, necesitamos poner todo de nuestra parte para que nuestra vida sea un verdadero esfuerzo por construir el Reino de Dios, por alcanzar la cima que alcanzó Cristo mismo, la gloria del Padre

PROPÓSITO.

Esforcémonos esta semana por percibir la presencia de Cristo en quienes nos rodean; por un lado necesitamos de la oración para estar sensibles a esto, y por otro de nuestra decisión para llevar este amor de Cristo a los demás.

Por tu Pueblo,
Para tu gloria,
Siempre tuyo Señor.

Héctor M. Pérez V., Pbro